



UN GORRO QUE SE PUEDE PEINAR.— Perfectamente adherente para no dejar paso ni siquiera a una gota de agua, el nuevo gorro presentado esta temporada en Milán se peina con los dedos igual que si fuera una peluca de suaves cabellos naturales. Hecho con fibras sintéticas. Una vez mojado, ni se endurece ni pierde «el marcado».

acción del sol, se debe usar un aceite solar. Permite un bronceado rápido y no obstruye los poros. Si, en cambio, el cutis es seco y delicado, es preferible orientarse hacia las cremas de base hidratante.

### ¿es verdad que el sol perjudica la piel?

Cuando no se toman las precauciones adecuadas, los rasgos se endurecen, las arrugas se acen-

túan, parece que se ha envejecido. Por eso es fundamental exponerse al sol con el rostro perfectamente limpio y defendido por un producto antisolar de excelente calidad. Luego del baño de sol, se debe lavar el rostro con agua templada, aplicar una crema refrescante y protectora, no grasa, y reposar un rato a la sombra. De este modo desaparecerá el peligro de congestiones y el cutis irá tomando ese color dorado tan favorecedor, sin tener que lamentar desagradables consecuencias.

### ¿se debe suprimir todo maquillaje para tomar el sol?

Supresión absoluta, no; pero sí usarlo con parquedad. Un toque de rojo en los labios no solamente no resulta excesivo, sino que es aconsejable; usándolo se evitará que los labios se resequen y agrieten. Las que no se resignen a llevar los ojos sin maquillaje alguno, pueden usar un cosmético de los que no se alteran con el agua.

Los nuevos productos de la temporada, con iridiscentes reflejos de nácar, resultan especialmente bonitos sobre una piel bronceada. Sobre todo, las barras labiales, claras y nacaradas, que presentan varios fabricantes de productos de belleza.



UN FLEQUILLO LO RESUELVE TODO.—Este verano, los cabellos en desorden por el baño, el viento y el deporte, se esconderán durante el día bajo un flequillo montado en un pañuelo de tela estampada. El pequeño postizo está trabajado sobre una base de crin ligera y se sujeta a los propios cabellos por medio de una pequeña peineta o cosiéndolo al borde del pañuelo. Es de fibra sintética suavísima, que puede mojarse sin ningún peligro.



## VACACIONES DE LUJO

EL sueño de Alicia y Marta era pasar unas vacaciones, aunque fueran cortitas, en un hotel de lujo, Doña Amelia, su madre, decía al oír las: «Estas niñas son unas caprichosas. ¿Por qué no se conformarán con nuestro veraneo en Hobbledillo, como todos los años? Tres platos para comer y cenar, gente fina para hacer tertulia a la hora del fresco... Pero no: ellas erró que erre con su hotel de lujo y con que bien pueden darse ese gusto después de diez años de ganarse la vida. ¡El cine! ¡El dichoso cine tiene la culpa!».

Las niñas, que ya han cumplido los treinta y que, contra lo que piensa su madre, son capaces de tomar un tren lleno de cuadros y de comentarios y salieron hacia la playa de moda, en cuyo más suntuoso hotel habían reservado habitaciones, no sin antes prometer a su madre que harían oídos sordos a las proposiciones de los turistas barbudos, que no se bañarían en bikini y que escribirían todos los días.

He aquí las cartas que Doña Amelia abrió con mano temblorosa, mientras pensaba en los inúmeros peligros que acechaban a sus retoños en el universo mundo.

«Querida mamá:

¡Esto es una maravilla! ¡Qué mar, qué cielo, qué pinos! ¡Y qué hotel! Nada más entrar en el hall—todo de mármol, lleno de cuadros y de plantas carísimas, como esa que te regalaron el día de tu santo y que se secó a los tres días— nos encontramos en un paraíso. El conserje, un muchacho rubio con aire de haber estudiado en la Sorbona, parecía estar esperándonos. «Ah, sí —dijo al vernos—, Miss Alicia y Miss Marta González...» Y nos indicó el número de nuestra habitación. Está en el décimo piso —porque has de saber que aquí, aunque sea la provincia, hay más rascacielos juntos que en la capital— y tiene dos camas con dosel, una terraza sobre el mar y tantas lámparas que todavía no sabemos cómo se encienden. Cuando le das a una llave aparece una luz donde menos imaginas, pero nunca donde tú quisieras. Confiamos en ir descubriéndolas poco a poco. Sobre todo la del tocador, que tiene un espejo inmenso, para poder peinarlos y maquillarnos a nuestras anchas. Sobre la mesa encontramos un cestito con frutas y una botella de vino del país. Y en un cajón, dos carteritas monísimas con imperdibles, hilos de colores y agujas. Te las llevaremos de recuerdo. Ahora nos vamos corriendo a la playa. Besos,

Alicia.»

«Querida mamá:

En la playa no había nadie. A la gente, donde le gusta bañarse es en la piscina del hotel. Marta dice que para bañarse amontonados lo mismo daba la piscina de al lado de casa. Ya sabes cómo es de rara. Pero a mí me parece estupendo, porque todo el mundo habla en extranjero y es una ocasión magnífica para practicar idiomas. Un señor muy amable me alcanzó una revista que se me había caído y dijo algo de amadames. Yo le contesté «thank you». Creo que quedé divinamente. Después fuimos al comedor, pero no nos sirvieron porque eran las tres y cinco. Según nos explicó un camarero, se puede almorzar hasta las tres y cenar hasta las diez. Más tarde, no, Marta preguntó, poniendo cara de tonta, que si ya no estábamos en España. El no contestó nada porque estaba muy ocupado recogiendo los manteles. Tuvinos que conformarnos con la fruta del cuarto. El vino no pudimos bebernoslo. Llamamos a la camarera para pedirle un sacacorchos pero, hasta el momento, no ha aparecido nadie. La siesta en la terraza promete ser deliciosa. Hay unas tumbonas que parecen comodísimas. Un abrazo,

Alicia.»

«Querida mamá:

Sí, eran muy cómodas. Pero las disfrutamos poco tiempo porque, apenas nos echamos en ellas, aparecieron dos hombres diciendo que tenían que llevarselas. Nosotros, que en principio pensamos que venían quién sabe con qué perversas intenciones, no nos atrevimos a hacer preguntas. Optamos por tumbarnos en las camas, y cuando estábamos a punto de coger el sueño apareció la camarera. Marta, que ya sabes lo que se sobresalta cuando la despiertan bruscamente, chilló: «¿Qué quiere?». A la buena mujer se le encendió en la cara una sonrisa de alegría. «¿Qué gusto poder entenderse —dijo—. No es corriente aquí encontrar gente que hable lo que uno habla...» Y se metió en el baño para comprobar, según explicó, si funcionaba la ducha. Yo aproveché la ocasión para pedirle un sacacorchos; pero hasta ahora, que nos estamos arreglando para bajar a cenar, no lo ha traído. Este hotel es precioso, pero anda muy mal de sacacorchos. Te quiere,

Alicia.»

«Querida mamá:

Nos arreglamos sentadas en el borde de la cama, a la luz de la lámpara de la mesilla de noche, porque seguimos sin acertar con la del tocador y llegamos al comedor hechas dos brazos de mar. A pesar de eso, nos sentimos bastante acomplejadas. Las pocas señoras que aún estaban allí —eran las ocho y media y la mayoría de los huéspedes habían cenado hacía un buen rato— llevaban vestidos con lentejuelas y adornos brillantes en el pelo. Para que luego digan que los extranjeros son más sencillos que nosotros... Después nos fuimos al cine. Al regresar, Marta tenía sed y pidió una botella de agua mineral. «Lo siento, Miss González —dijo el conserje muy finamente—, pero a esta hora está cerrada la cocina.» «Entonces tampoco me podrán dar un sacacorchos», exclamó Marta con una de esas sonrisas feroces que ya le conoces. Es terrible viajar con ella. A todo le encuentra inconvenientes. He tratado de explicarle que no se puede ser así, que es una suerte poder pasar unos días en un hotel tan maravilloso como éste, donde dan bebidas con hilo, agujas e imperdibles. Pero no hay modo de convencerla. Dice que mañana se va y que la botella de vino se la lleva en la maleta, como que se llama Marta González, sin «miss» delante. ¿No te importará que lleguemos a cenar un poco más tarde de las diez? Gracias, mamá, llegar a casa será como volver al suelo patrio. Muchos besos,

Alicia.»

C. V. V.